

ZARPARON

TRES BALLENEROS

Zarparon tres balleneros,
singladuras al azar.

De escolta rojos delfines
gaviotas sobre la mar.

Tripulación holandesa
ebria de ron y de gin.

En el mástil rojas grimpolas,
en los arpones banderas,
sobre el agua blanca estela
y en el cielo Aldebarán.

Por islotes de basalto
y grises pájaros nórdicos
el viento peina sus crines.
El cielo teje sus nubes
rojas, negras y amaranto.

Olas de verde granito
ametrallan las amuras
y siegan los masteleros.

Lejano, por barlovento
—ronco son de las sirenas—
bengalas hieren la noche
y las rúbricas del rayo
escriben sobre las nubes
presagios y agorerías.

Singladuras al azar
zarparon tres balleneros
hacia las simas del mar.

POMPEYO CRUZ

CRONICAS de VALLE VERDE

DON SERAZIN

LA gente de Valle Verde recuerda aún a don Serazín. Don Serazín vivía solo. Su casa estaba en una travesía de la calle Real, hacia la parte alta del pueblo y era de las más antiguas de Valle Verde. Todos la llamaban la Casa del Mayordomo. Aquellos terrenos formaban parte en tiempos de la Huerta de Palacio y se suponía que allí habitaba uno de los principales servidores del castillo.

De su primitiva traza conservaba la casa algunos sillares amarillentos, una gran portada en arco y un borroso escudo sobre ella. El resto era de remiendos y añadidos. Por detrás tenía un corralito, con su emparrado y un naranjo. El corralito daba a una calleja estrecha intransitable que servía de albañal.

La gente se preguntaba para qué quería don Serazín, viviendo solo, una casa tan grande. La gente, sobre todo al principio, andaba siempre con «porqués» y «para ques» a causa de don Serazín. La gente, ya se sabe, en cuanto una persona se sale de lo corriente, empieza a darle vueltas, a tejer y a destejer, a urdir patrañas para tener alguna carnaza que echarle a su curiosidad. Así hasta que un día, sin que la situación haya variado, la persona entra en lo consuetudinario, tal y como es.

Esto es lo que sucedió con don Serazín. Valle Verde había sido su primer destino al terminar la carrera del Magisterio. Allí se transformó, por modo que a él le pareció casi taumatúrgico, de humilde Serafinillo en don Serazín. Se codeaba, de potencia a potencia, con los más encopetados personajes de la localidad: con el cura, con el médico, con el boticario. De natural modesto y reposado, Serafinillo no se encalabrino por tan vertiginoso encumbramiento. Pero cuando decía «Nosotros, los titulares», le corría por el cuerpo un inefable remusguillo.

El paisaje era sugestivo, las gentes simples y bondadosas. Don Serazín pasó allí tres años, poco menos que sumido en éxtasis permanente. Después se marchó a ocupar otra plaza de más categoría. De más categoría en el papel, porque lo que Valle Verde había significado en su vida, nada podría volver a igualarlo. Buena prueba de ello es que al cabo de mucho tiempo, —quizás cuarenta años—, volvió al pueblo, compró aquella casa y se quedó a vivir allí para siempre.

Entonces comenzaron los porqués. ¿Por qué se asentaba aquel hombre en un pueblo donde no había nacido, ni tenía intereses, ni familia, ni arrimo ninguno? Casi todas las gentes de su época habitaban ya en el camposanto. Sólo le recordaban, de una manera vaga, algunos de los que fueron a su escuela. Si allí no contaba con nadie y nadie le había echado de menos, ¿por qué y para qué...?

El explicó que guardaba de Valle Verde un recuerdo nostálgico y que al quedarse solo en el mundo, había decidido rematar allí sus días. Pero no se lo creyeron. Las gentes, en plural, entran mejor por las cosas fantásticas que por las sencillas y naturales. Acerca de don Serazín circularon muchas peregrinas versiones. Se rumoreó que tenía cuentas pendientes con la Justicia y también que se trataba de un fugitivo político. Y eran tantos los pelos y señales que se daban, que se le veía ya esposado entre civiles, fulminado por los padres de la patria y hasta subiendo al cadalso, crucifijo en mano.

Pero cuando de verdad se conmovió el pueblo fué al correrse la voz de que aquel hombre no había ido a Valle Verde con otro propósito que el de llevarse el tesoro de los Condes. La gente se soliviantó y bien cargada de razón que estaba. ¡Crie usted tesoros para que venga un cualquiera y arramplé con ellos! Como decía tía Niceta la rezaora, una de las voces más autorizadas de la localidad:

—¡El devino rostro de la Verónica, amén Jesús! Que estemos aquí los que del pueblo semos naturales, de por vida y a nativitate, hijos tós de padres y abuelos bien conocíos y que un forastero, que a saber las leches que habrá mamao mos dé en los jocicos quitándonos lo mejol que tenemos! ¿Pero habrás visto enjamás cosa de la manera?

Lo chocante del asunto es que, hasta entonces, del tal tesoro de los Condes se tenían en Valle Verde las mismas noticias que del archipámpano de la Baltanasia; esto es, ninguna. El propio don Serazín, sin proponérselo, fué el que dió pábulo a la especie. Enamorado del lugar había ido recopilando durante toda su vida cuantas noticias, datos y particulares pudo encontrar acerca de él en las más diversas fuentes. Tenía la ilusión de sacarlos a la luz, bien sopesados y orgánicamente distribuidos, en un libro. La obra llevaría por título: «El Condado de Valle Verde. Su historia y su leyenda».

Al retirarse de la vida activa se propuso dar cima a su empresa sobre el mismo lugar de los hechos. Empezó a sacar notas del archivo parroquial y del Ayuntamiento; hizo mapas, levantó planos, removió piedras. Los indígenas contemplaban sus maniobras con burlona tolerancia y algunos se permitían ciertas palabras de mofa.

—¿Qué, don Serazín,—preguntaba de vez en cuando don Sivillano, el médico,— cómo marchan esos descubrimientos? Que aquí estamos todos sobre ascuas hasta ver si se confirma o no que venimos de la pata del Cid.

Estas chanzas no alteraban a don Serazín.

—Ríanse, ríanse cuanto quieran—, respondió una vez, apaciblemente—. Pero lo cierto es que bajo esas piedras hay oculto un tesoro y yo voy a desenterrarlo.

Para qué quiso decir más. Todavía hay en Valle Verde quien no se ha apeado del burro y sigue hablando del fabuloso tesoro de los Condes, enterrado bajo las ruinas del castillo.

Yo conocí a don Serazín en sus últimos años, cuando él andaba ya por los setenta. Era alto, magro, canoso y tenía un bigote que se le deshilachaba hacia la boca. Gorra de visera, haldudo chaquetón con los bolsillacos siempre atiborrados de papelotes, pantalón estrecho, botas de ojales abrochadas a un lado.

Su historia, no esperen ustedes que yo se la cuente. Ignoro, en realidad, si he llegado a conocerla alguna vez. Creo recordar que se casó poco tiempo después de marchar de Valle Verde, que tuvo varios hijos que los fué perdiendo uno a uno y que, por fin, murió también su mujer. Por otra parte me parece asimismo haber oído que don Serazín, aunque estuvo enamorado en diferentes ocasiones, no llegó a casarse nunca por culpa de su cortedad. Fuese una cosa u otra o ninguna de las dos, de lo que sí estoy seguro es de que se trataba de una humilde y pequeña historia, con más dolor que esplendor.

En mi época la gente ya se había acostumbrado a él. Le miraban siempre, eso sí, como a persona un tanto extravagante y para clasificarlo de algún modo habían convenido en que se trataba de un viejo chiflado. Pero tal y como era pertenecía ya al pueblo, como parte inseparable de su vida y de sus cosas. Que entre col y col suele entreverarse la lechuga y allí donde todo es corriente y moliente, no dice mal algo chocante y particular, a condición de que no perjudique y de que su rareza resulte periódica pura; esto es, que todo el mundo pueda saber a qué atenerse.

La chifladura de don Serazín,—en el supuesto de que la hubiese—, no podía ser más inofensiva: Buscaba tesoros entre pedruscos, hacía versos, daba caramelos a los muchachos. Vivía de su modesta pensión, sin importunar a nadie. Su ocupación principal,—historia del condado aparte—, era estar entre las gentes. Como no tenía obligaciones ni deudos que le atasen, su tiempo le pertenecía por completo y él no parecía quererlo para otra cosa que para írselo dando a los demás, minuto a minuto, dedicándoles con él toda su persona.

Apenas amanecía, ya estaba don Serazín en el herradero, en la Fuente, en el Egido, recibiendo la tibieza del primer sol y conversando con los que pasaban, iban o venían, atendiendo a sus quehaceres. A media mañana, tertulia en el Ayuntamiento, en la Botica o en el Comercio. A mediodía, corrillo en la plaza. Después de comer, según pintase el tiempo, paseata con el cura por la explanada de la Iglesia o discreteo con quien fuese, a la fresca de un zaguán. Más tarde, lo mismo pasaba un rato en el casino, que tomaba el portante y pían pianito se llegaba a cualquier finca aledaña al pueblo, donde él supiese que había golpe de gente. A pesar de los años y de lo escarpado de calles y caminos, no paraba don Serazín. Tan pron-

to se le encontraba en un extremo del pueblo como en otro o fuera de él. Ni tenía horas ni le importaba que hiciese frío o calor. De noche y en pleno invierno no era infrecuente dar con él en la tahona o en el lagar, de palique hasta las altas horas.

No es fácil prodigarse tan constantemente sin resultar pesado y cargante para los otros. Mas con don Serazín fallaba esta regla. Nadie le buscaba, nadie necesitaba de él pero todos le recibían con agrado. ¿Cuál era su atractivo? Don Serazín sabía hablar y, sobre todo, sabía escuchar, interesarse en las cosas ajenas. Además se le veía disfrutar tan ingenuamente con cualquier nadería, que acababa por contagiarse a cuantos le rodeaban un moderado gozo de vivir una especie de satisfacción sin causa, trivial y apacible. Alguien le preguntó:

—Usted, don Serazín, ¿se siente feliz o desgraciado?

—Yo soy viejo,— respondió él—, y no se ya distinguir de eso. Agradezco cada día que se me da y me considero feliz por poder sentirme desgraciado.

En cualquier lugar que estuviese don Serazín y lo mismo hallándose solo que acompañado, tiraba de papel y lápiz y se ponía a escribir versos. Si alguien,—la mayor parte de las veces por chancearse o por matar el tiempo—, le pedía que los leyese, no se hacía de rogar. Recitaba con voz grave y pausada, describiendo amplias curvas con la mano derecha, mientras con la otra sostenía el papel ante sus ojos. Y acontecía en ocasiones, que aquéllos que le rodeaban y que habían comenzado a escucharle con aire superior, entre guiños y sonrisas guasonas, se iban quedando serios, inmóviles y silenciosos, adoptando sin darse cuenta un aire grave, como tocados por una mano invisible.

Yo quisiera recordar alguno de los poemas de don Serazín, pero no puedo. Sé que cantaban a las cosas de todos los días: a las campanas de la torre, a las fuentes y a las calles, a las peñas y a los árboles, a una novia, a un ausente, a una cruz del camposanto, a la ronda que se detiene en una plazoleta, a los hombres y mujeres que recogían la aceituna; la cigüeña, al volver a su nido, decía:

«Aquí he nacido yo.

Sobre esta torre, bajo este cielo, junto a esa sierra.

He tenido por pañales

el humo de esas chimeneas...»

Los versos de don Serazín eran sencillos y diáfanos pero, al mismo tiempo, difuminaban las cosas en una brumosa vaguedad que las hacía más imprecisas y, sin embargo, más claras. Quizás por eso impresionaban a la gente.

Don Serazín pasaba muchos ratos en la plazoleta de las escuelas, sentado en un poyo. Don Serazín amaba a los muchachos, les conocía todos por su nombre y no se ofendía, si, por travesura, el

gastaban alguna broma. Los muchachos, al principio, hacían chacota de él; les había caído en gracia y cuando lo veían coreaban:

Don Serazín, zín zín,

calabacín, cin, cín.

bigote de puerco espín, pín, pín...

Pero él no se daba por agraviado. Poco a poco los fué conociendo uno a uno. Separado de la pandilla y desvalido entre sus mayores, el rapaz adoptaba aires de víctima inocente.

—Con que tú eres Agustínillo, ¿eh? ¿Sabes, Agustínillo, que tienes muy buena voz? Vamos, no digas que no, picaruelo, que bien te la oí el otro día...

Agustínillo se encogía como un erizo. «Ahora lo dice y me sueltan cuatro lapos»—pensaba Agustínillo. Pero don Serazín no lo decía, sino que se rebuscaba en los bolsillos, sacaba unos cuantos caramelos y se los daba al mozo. A partir de entonces ya no se le despintaba su cara y en cuanto lo veía por ahí, le llamaba:

—Tú, Agustínillo..., Pablito..., Celso... ¿No somos nosotros buenos amigos? A ver que tengo yo para ti...

Siempre salía algún caramelo entre los papelotes; pero más importante que la dádiva era la sonrisa, el cariño con que acogía a cualquier arrapiezo; así es que los muchachos acudían a él como moscas a la miel.

Los domingos, sobre todo, era una romería; no hacía el viejo más que asomar a la plaza y ya tenía encima un enjambre de clientes.

—¡Don Serazín... don Serazín..!

Como los bolsillos no daban para tanto, don Serazín acudía al centro de aprovisionamiento, que era el puesto de tía Zeliberta, la confitera. ¡Qué maravillas de gusto y color tenía tía Zeliberta en su puesto! Rojizas garrapiñadas, blancas peladillas, pringosos caramelos que parecían de cristal, barras de confitura... Todo churreto-so, dulce, impar, graciosamente moteado de cagaditas de moscas. Se apelonaban los muchachos en torno al puesto, agobiando a don Serazín.

—A ver... orden... Uno por uno... Tú, que eres el más chico, el primero. ¿Qué es lo que quieres?

Había en el corro un instante de silencio, de verdadero estupor. El regodeo alborozado se trocaba, llegado el momento de elegir, en dolorosa incertidumbre. Allí estaban las maravillas del mundo al alcance de la mano. Debajo de la gasa,—leve cendal transparente que permite ver el Paraíso, pero no tocarlo—, la arropía de las golosinas. Varias pelotitas se balanceaban sujetas a sus gomas, colgadas de las asas de la cesta. Y también había pitos y relojes de hojalata, farolillos, flautas, tiras de mixtos,—«peorros», los llamaban los muchachos—, flautas de caña pintadas de rojo...

Don Serazín, el mago, había dicho: «Escoge». Tía Zeliberta, ceadora del Edén, esperaba con una sonrisa para dispensar la gracia. Tía Zeliberta aventaba pausadamente las moscas con un palo, a cu-

yo extremo había atadas varias tiras de papeles de colores. El mosquitero de tía Zeliberta se les antojaba a los muchachos varita mágica que trocaría en realidad su deseo. Bastaba decir «Esto quiero» para tenerlo... y también para perder lo demás. En el instante de la decisión, ya no se trataba de escoger, sino de renunciar. ¿Quién no vacilaba?

Tenían que acudir a los mayores para librar a don Serazín de la nube de pedigüños.

— ¡Pero espabilelos usted, hombre! ¿No ve que estos mocosos se le comen como les dé alas?

Disuelto el grupo no se sabe quién se quedaba más triste, si don Serazín o los chiquillos.

— ¡Si a quien había que regañarle es a usted! — le amonestaba alguno, cariñosamente — ¡Si es usted más crío que los muchachos!

Llevaban razón. ¿Pero qué iba a hacer el hombre, si aquella debilidad suya por los niños era el único vicio que tenía? Si se quería ver descompuesto a don Serazín, bastaba que dos muchachos, por broma o de veras, se pusiesen a pelearse delante de él. ¡Qué angustia, qué desolación la del viejo hasta que no lograba separarlos y reconciliarlos!

Por todas aquellas cosas, decía la gente que estaba chiflado don Serazín.

...Sentado en el poyo, frente a la puerta de la escuela, apoyaba sus dos manos sobre la empuñadura del bastón y descansaba la barbilla en ellas. Los pájaros alborotaban en los árboles de la plazoleta; venía de la escuela el sonsonete de los muchachos recitando sus lecciones. Don Serazín cerraba los ojos y permanecía inmóvil. Dormitaba, tal vez; tal vez soñaba.

Se murió sin haber estado enfermo, sin dar molestias a nadie. Se recogió una noche en su casa y allí le estaba aguardando Ella. ¿Llegó a verla don Serazín? No puede saberse. Cuando a mediodía le echaron de menos y acudieron a buscarlo, lo encontraron acostado, placidamente dormido para siempre. Se diese cuenta o no, su tránsito había sido suave y apacible. El lo había adivinado así en uno de sus poemas:

«Sus cabellos me envuelven y no es fría
la mano que recoge ya mi mano...»

En el duelo por don Serazín no hubo gritos ni alharacas, pero todo el pueblo fué al entierro. En cabeza, los muchachos, formados en dos filas. Doblaban las campanas sobre las calles en silencio.

Después, el alcalde cerró la casa y se hizo cargo de las llaves. Alguna vez se había oído hablar a don Serazín de unos lejanos parientes. El alcalde les escribió dándoles cuenta de la muerte, del entierro, de las misas. Los otros, en respuesta, preguntaban: «¿Cómo es la casa? ¿Vale algo?»



ALBUM EXTREMEÑO.—Jerez de los Caballeros: Torre de Santa Catalina. Foto Olivenza

Al cabo de cierto tiempo vinieron a Valle Verde aquellos parientes de don Serazín, con todos los papeles de la herencia despachados. Eran un hombre y una mujer; tenían pinta de tenderos. El se deshacía en zalemas con todo el mundo; ella hablaba y gesticulaba de una manera exuberante.

Vendieron la casa; la «negociaron», decían ellos. Hicieron almoneda con los pobres muebles y cacharros de don Serazín. Las cosas viejas, inútiles y sin valor, las amontonaban en el corralito; en este rintero de desperdicios había un confuso revoltijo de papeles, arrugados y sucios, surcados por la letra de don Serazín. Eran sus apuntes para la historia del condado, sus poemas. Todo fué a parar a la calleja de las basuras.

Poco tiempo después hablaron en el pueblo de unas extrañas lucécillas que salían por la noche de la calleja. Como ésta se encontraba en terrenos de la Huerta de Palacio, al decir de la gente, hacían esparcimiento nocturno las ánimas en pena del vecino camposanto, a su cuenta se cargó lo de las luminarias.

Por mi parte, siempre he creído que, si realmente hubo luces, no podía ser otra cosa que los poemas de don Serazín, resplandeciendo entre el barro a que habían sido arrojados.

Así se perdió para siempre el verdadero tesoro de don Serazín.

ANTONIO PEREZ SANCHEZ



Lea Ud.

«ALCANTARA»

Y PROPÁGUELA ENTRE SUS AMISTADES.
DE ESTE MODO CONTRIBUIRÁ A DIFUNDIR,
DENTRO Y FUERA DE NUESTRA REGION,
LAS LETRAS EXTREMEÑAS.